

COSME D. DE CHURRUCA

21 DE OCTUBRE DE 1894

Hoy es el aniversario de la famosa batalla de Trafalgar, la acción más grande que han visto los mares. Glorioso desastre debido, no ciertamente á la falta de valor y previsión de nuestros marinos, sino á la fatal política de una corte corrompida que habia entregado los destinos de la nación al privado Godoy, quien se hallaba sometido por completo á la coyunda del emperador Napoleón, y á la impericia y capricho del almirante francés Villeneuve, bajo cuyo mando se habian puesto tal fatalmente nuestras escuadras. Mil veintidos muertos, mil trescientos ochenta y tres heridos, tres navíos prisioneros del enemigo, otros tres que se fueron á pique durante la acción, ó poco después, y cuatro estrellados en la costa á consecuencia del horroroso temporal que sobrevino, fueron el fruto que sacó la mísera España de Godoy de aquella triste jornada, llevada á cabo á pesar de la oposición de nuestros marinos tan enérgica y razonadamente opuesta al gobierno. Pero de nada les sirvió todo esto: se les mandó obedecer ciegamente al almirante francés, y como buenos militares, fueron humildemente al sacrificio.

Allí murió también lleno de gloria nuestro paisano el gran Churruca, y para que se vea cómo opinó en el consejo de generales que precedió al combate, quien después peleó tan heroicamente con el navío de su mando contra seis ingleses de igual y mayor fuerza, vamos á transcribir sus mismas palabras:

«No apruebo la salida de la escuadra combinada del puerto, porque está muy avanzada la estación y los barómetros anuncian mal tiempo: no tardaremos en tener un vendaval duro, y por mi parte creo que la escuadra combinada haria mejor la guerra á los ingleses fondeada en Cádiz que presentando una batalla decisiva. Ellos tienen con qué reponer las naves que les destrocemos en un combate, pero

ni España, ni Francia, cuentan con los recursos marítimos de guerra que posee la Inglaterra. Además, el reciente combate sobre cabo de Finisterre ha hecho ver que la escuadra francesa es espectadora pasiva de las desgracias de la nuestra: sus buques han visto que nos apresaron los navíos *San Rafael* y *Firme*, y no hicieron ni un movimiento para represarlos, no pudiendo hacerlo los nuestros por las muchas averías que sufrieron de resultas del encuentro, y me temo mucho que en la acción que vamos á tener suceda otro tanto. ¿Por qué salir el almirante francés de la bahía de Cádiz? Aquí obligáramos á los ingleses á sostener un estrecho bloqueo, otro en Cartagena, donde hay armadas fuerzas navales, y otro también sobre Tolón. Para estos bloqueos tendrían que hacer grandes sacrificios, con el sostenimiento de tres escuadras en un invierno que está próximo, y con las averías que forzosamente han de tener, conseguiríamos ventajas equivalentes á un combate. Pero no hay remedio, es preciso obedecer y ser víctima de la política y de los planes de Napoleón¹.....

Los vaticinios del sabio y valiente Churruca se realizaron con una dolorosa exactitud, pero en nada disminuyeron su ardor en el combate, á pesar de su oposición al mismo. Veamos, pues, lo que dice la historia acerca de la parte que tomó en él su navío.

«El *San Juan Nepomuceno* fué uno de los navíos que más brillaron en aquel día nefasto. Mandábalo Churruca, una de esas almas serenas, que saben, como el águila, remontarse encima de las tempestades, y dominarlas. El día 19, sabido ya que la escuadra iba á dar la vela, este profundo marino, que también acababa de predecir la suerte de la escuadra, llamó á su cuñado Apodaca (guardia marina entonces) y le dijo: «Escribe á tus padres que vas á entrar en un combate que seguramente será sangriento. Despidete de ellos, pues mi suerte será la tuya: antes que rendir mi navío lo he de volar ó echarlo á pique. Este es el deber de los que sirven al rey y a la Patria». Y á un amigo á quien escribió con la misma fecha le decía: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.»

»Tal era su resolución que quiso manifestar á todos, con la mayor solemnidad el día del combate. Una hora antes de romper el fuego, llamó sobre el alcázar á toda la tripulación, soldados y marineros, les mandó ponerse de rodillas, y dirigiéndose al capellán, le dijo: «Cumpla

(1) Marliani.—Combate de Trafalgar.

usted, Padre, con su ministerio; absuelva usted á estos valientes que no saben lo que les espera en la batalla.» Echada la absolución y en pié todos, les dice con voz solemne: Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos, prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo sus deberes. Si encuentro alguno que falte á ellos, le haré fusilar sobre la marcha; y si escapase de mis miradas, y de las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado». Un momento de lúgubre silencio precedió al grito general, dos veces repetido, de «viva el rey», y el toque de generala de los tambores puso fin á esta imponente escena. Churruca parecía un gladiador romano, que conocía su suerte antes de emprender la lucha. «El general francés, dijo á su segundo, cuando vió alterar la primera posición, formando una línea tan extensa, no conoce su obligación y nos compromete. ¡Qué funesta ha sido siempre para España la unión de sus escuadras con las francesas! ¿Recuerda usted lo que le decía días pasados del cabo de Sicie y del combate de Finisterre en que fuimos abandonados?»

»Mas tan tristes presentimientos no amenguaron su decisión. Por espacio de dos horas peleó solo contra tres navíos que le combatían por ambos costados; después acudieron sobre él otros tres, de los cuales uno, el *Dreadnought*, se le puso á popa, á medio tiro de pistola; y sin embargo, el *San Juan*, único de toda la línea, que se ve acometido por seis buques de igual ó mayor fuerza, no se rinde. Su valeroso comandante, sereno como el Júpiter de la fábula, en medio de mil rayos que se cruzan en todas direcciones, sigue repartiendo el fuego con el mismo orden que un día de salva real. Cae á pedazos la arboladura, la metralla y los cadáveres alfombran la cubierta, y él no se amilana ni desconcierta. Acude á todo; manda con su bocina de combate la maniobra; hace las veces del capitán que muere; anima á los cansados; apunta los cañones.... Pero al acabar de hacer una puntería que desarbola á uno de sus contrarios, una bala de cañon le arrebata la pierna derecha y cae al suelo. «Esto no es nada, siga el fuego», dice todavía el héroe, blandiendo su espada, apoyado sobre el brazo izquierdo, é insiste en permanecer sobre el alcázar. Le engañaba su brioso corazón, y no tardó en reconocer que la vida se le escapaba á borbotones.

»Llamó entonces á su presencia á los que le sobrevivían; dió á

todos las gracias por su buen comportamiento; pidió que se clavara la bandera y que no se rindiera su querido *San Juan* mientras él viviese. Uno y otro tardaron poco en sucumbir. Era imposible, por falta de arboladura, cortar el círculo en que estaba encerrado, y era también imposible continuar el combate contra fuerzas tan superiores.

»Habían muerto el comandante, su segundo, otro oficial y 152 individuos de la tripulación, y tenía siete oficiales y 243 heridos; la mayor parte de su artillería desmontada; el timón inutilizado, y se hallaba desarbolado y acribillado á balazos. Admirados los ingleses de la heroica defensa de Churruca, asistieron al acto religioso de su defunción al lado de los españoles, y cuando el oficial encargado de la ceremonia se lo notició a su cuñado Apodaca, le añadió, manifestándose pesaroso de la muerte de un hombre á quien conocía por su reputación científica: «Varones ilustres como este, no debían estar expuestos á los peligros de un combate, sino conservados para los progresos de la ciencia de la navegación». Llevado á Gibraltar el casco del *San Juan*, estuvo allí conservado con mucho esmero largos años, con la cámara cerrada y en la puerta el nombre de *Churruca* en letras de oro. Esta puerta no se abría sino muy rara vez á viajeros de distinción, y nadie penetraba en la morada que había ocupado el héroe sino con la cabeza descubierta; obsequio singular en que se honraba tanto quien lo tributaba, como la memoria del ínclito varon que lo merecía.¹

«Honor eterno de Guipúzcoa» le llamó el bardo español D. Manuel José Quintana, en su oda al combate de Trafalgar cuando aún se oía el estampido del cañon, y «honor eterno de España y del género humano» le llamaba el historiador Marliani quien comienza su biografía con las palabras siguientes:

«Hijo predilecto de la Providencia, quiso esta crear un tipo excepcional como para darnos á entender que podia existir la perfección entre los hombres, y eligió á D. Cosme D. de Churruca: portentosa inteligencia, abarca la creación entera: lee en el firmamento: traslada al papel sus estudios astronómicos: surca los mares, y suministra á las ciencias nuevos descubrimientos á costa de su salud; con riesgo de su vida se afana por evitar á los navegantes peligros que corre gus-

(1) Historia de España de Mariana completada por los condes de Floridablanca y Toreno, y D. Eduardo Chao.

tos: guerrero impávido, en los combates es el más valiente entre los valientes: su descanso, si lo alcanza, lo emplea en investigaciones científicas: perfecciona el terrible arte de la guerra en tratados de puntería, ó publica otras memorias útiles: la ciencia acoge con gratitud esos trabajos, y sigue con respeto sus preceptos: en la vida pública, en el hogar doméstico, en la mar, en la cátedra del profesor, en el estudio del escritor, Churruca es por doquiera un modelo de virtud, de patriotismo, de saber, y una modestia púdica que hermosea, realza, enaltece esas prendas, hace de D. Cosme D. de Churruca un tipo de perfeccion humana inimitable.»

Cuando el destino de las naciones se pone en manos de hombres ineptos, ocurren desastres como el de Trafalgar, ruina de nuestra marina de guerra, pues la previsión, la serenidad, la firme é inquebrantable resolución, que son caracteres propios de las organizaciones destinadas al mando de grandes fuerzas, no las tuvieron, según un célebre historiador novelista, sino D. Cosme de Churruca y D. Dionisio Alcalá Galiano.¹

El gobierno declaró teniente general al héroe del *San Juan*, después de su muerte, acaecida á los 44 años de edad, y 29 años y cuatro meses de servicios: mereció el hermoso lema de «*Vivió para la humanidad, murió por la patria*»; y las cortes constituyentes de Cádiz decretaron que siempre hubiese en la Armada Española un navío que llevase el nombre ilustre de «*Churruca*» ¿Existe en la actualidad? ¿Por qué no se cumple aquella soberana disposición? Nosotros se lo recordamos al señor ministro de Marina, que por lo visto la ignora, ó la tiene olvidada.

¡¡¡Loor eterno á los valientes!!!

JULIÁN DE ARROYAVE.

21 Octubre de 1894.



(1) Perez Galdós.—Episodios nacionales.—Trafalgar.